

Filosofía, Arte y Letras

Los Libros y los Días

El Profeta Pasmado

Por Ramón J. Sender

— I —

Si ese calificativo parece un poco irrespetuoso refiriéndose a Carl Jung podríamos decir "el profeta alonito" o de un modo metafórico el "poeta embrujado".

Aunque un poco embrujado lo estaba, de veras. Y el embrujo abarcaba a toda su familia. Era como si su profesor traicionado, Freud, le hubiera echado una maldición haciendo uso de la cábala (aunque Freud era un judío no religioso) y esa maldición funcionara, como entre los gitanos.

Todo esto viene a cuento de una biografía que acaba de publicar Paul J. Stern, respetuosamente objetivista o críticamente amistosa, pero sin duda alguna interesante.

Hay que partir de la atmósfera familiar de Jung: hombre rico, casado con una mujer hermosa y acaudalada también, viviendo en un verdadero palacio en Suiza. Al perder en 1913 contacto profesional con su maestro Freud parece que Jung perdió contacto, también, con la realidad y quedó un poco embrujado.

Es verdad que él, su hija y su esposa anduvieron bastante desorientados toda su vida. Parece que la riqueza no facilita mucho las cosas y que la felicidad no es de este mundo. Jung flirteó un poco con los nazis, aplaudió el pacto de Hitler con Stalin, luego se distanció de los dos y se dedicó a buscar en las culturas orientales la razón del ser y el existir de los individuos y de los pueblos.

Las contradicciones de Jung a veces nos hacen pensar en él con piedad, sobre todo cuando vemos que habiendo dejado de creer en Dios tampoco cree en el materialismo ni en la lógica clásica. El palacio de Jung, en Suiza, parecía tener como ama de llaves a una genuina bruja de los viejos tiempos. Sucedian cosas tremendas. Poco después de la muerte de la señora de Jung su hija —una joven hermosa— se acercó un día al estudio de su padre e inclinándose sobre su hombro le dijo dos palabras al oído. Dos palabras reveladoras y tremendas en relación con la fidelidad marital de su madre. Dos palabras feas y vulgares.

Para un padre oír aquello de su propia hija debió ser como un golpe de maza en la cabeza. Desde entonces, Jung tampoco creía en el amor. La tragedia era completa y haría falta convocar a todos los autores de la vieja Grecia para producir "en equipo" es decir colectivamente (como hacen a veces en Hollywood) un escenario y un guión adecuados.

Pobre Jung, pobre millonario solitario en un mundo de sombras. Pobres de todos nosotros, aunque mi pobreza esté llena de luces propicias, todavía.

La peor tragedia de Jung era su convicción de que la conciencia y el inconsciente no están de acuerdo en nosotros, los hombres. Y esto no es un hecho natural, porque la naturaleza parece estar bien planeada y organizada. Es decir que ha habido un tiempo en el que nuestra vida consciente y la otra, la inconsciente, eran una sola y estaban identificadas.

En el remoto oriente de New Delhi lo están todavía y en la primitiva Atenas lo estaban también, pero ¿qué ha sucedido después? La llamada civilización ha sido como una tremenda enfermedad. Tiene ventajas pero solo aparentemente. Y los problemas son más graves cada día. Jesús sería el gran arquetipo universal que reuniera los dos mundos (conciencia e inconciencia) pero aceptando la fatalidad del pecado la iglesia cristiana (¡al menos la de Roma!) mantiene la dualidad y discrepancia. Y el problema crece cada día.



Del duro Oficio

"El Gran Debut"

Un cortometraje del rostro

Por Carlos Balaguer

El circo ha llegado, sus carpas se levantan entre la bruma del amanecer (los circos se van al anochecer y llegan en la madrugada). La alegría despierta como un rumor frío en la barriada de edificios multifamiliares. En los humildes camerinos del circo de Firuliche, los payasos preparan su "naquillaje facial". Con afán, nerviosamente. Se los ha anunciado dentro de un espectáculo sensacional, por lo tanto hay que cuidar los detalles: la máscara sobre el rostro debe ir bien elaborada, borrando toda huella personal. Su oficio al fin es ese: sustituirse, cambiar al actor más cómico, del que más se rían, al que más reduzcan y disminuyan, el que desencadene la burla, el júbilo popular de verle pintarrajeado del alma, en la burda personalidad sumido, atrapado. Aunque son los clowns, los payasos, aquellos que, de quien se ríen verdaderamente, es del público.

En el proscenio circense un camarógrafo se presta a desarrollar algunas secuencias para un cortometraje fílmico. Prepara el sistema de luces, el sonido, mientras el grupo teatral "TGI" —que participará en el filme— sustituye sus textos clásicos de Brecht o de Ionesco, para tomar el argumento sencillo y carnal del payaso pueblerino, el obrero aquel de la risa, de ese viejo oficio de la risa (de la otra, de la nuestra); de este juego de reírse en el vivir, de tomar como una comedia trivial, tierna y vibrante este romperse el corazón y el rostro.

Señores, se anuncia el Gran Debut. Actuarán en el filme jóvenes actores de teatro de vanguardia que trabajan dentro del campo experimental. Dirige la obra, su mismo joven productor, Baltazar Pollo, quien se propuso inicialmente entresacar el complejo argumento de un circo de barriada en contraposición a los valores de una niñez desposeída. El circo del payaso Firuliche, arrabalesco, el menos espectacular, circo pobre que recorre pueblos, suburbios citadinos, colonias marginales, terrenos baldíos en urbanizaciones medias y se caracteriza por sus mantas ralas, ricas en remiendos y añadiduras, porque ese recinto de fantasía así es de roto, así de viejo en el andar, así de desgarrado, de ridículo, de mercader de la gracia inocente, del alboroto y la alegría de un engañoso instante; todo en un día y en una vida personal llena de tristeza. Porque eso sí, la tristeza

espectáculo circense. Nunca se agota. Siempre corre como la sangre subterránea de este circo inmenso del vivir, este circo de Firuliche. Es así cómo la tristeza, ese licor verdusco de la tierra nuestro, alimenta sus raíces, sus intrincadas motivaciones; sus carcajadas y desgarraduras. ¿Por qué tristes? Porque nos aguarda un circo de injusticias y máscaras al cual tenemos que asistir irremediablemente.

El argumento de la película es sobre un niño pobre que husmea hacia los condominios y viviendas la llegada del circo, desde su choza vecina en el cantón Zacamil, lugar donde se asentó con el tiempo un complejo urbano de edificios que ocupan varias familias —generalmente de inmigrantes del interior del país—, y en cuyo alrededor aún persiste el aire del campo, de la vida rural.

El niño y el circo, en El Gran Debut es un enfrentamiento. Un reto al futuro de una vida pequeña, sin licencia, indocumentada en su misma patria. El niño, presa de sus deseos y de sus fantasías, ante una sociedad que le niega la entrada al circo, como en El Castillo de Kafka donde hay un personaje —el señor K— que pasa su vida queriendo entrar al castillo y que, cuando al fin logra la licencia de entrar, muere.

El niño del gran debut, "El Gran Debut", viste su falsa ilusión, ilusión tierna y trágica y en sus intentos de lograr su extraña ambición de actuar a la sociedad, aparece muerto en el improvisado escenario de su casucha, tiznado y manchado de la cara con los colores burdos de la sangre. Su muerte —el pequeño velorio— es su gran debut. Al cual asiste un público, formando un séquito mortuario, a la muerte de sus ilusiones. La esperanza hacia el futuro, en un trágico juego de niño.

Es en sí, un argumento fácil, con profunda ternura, donde se ha introspectado gran parte del alma del niño de América, aunque no sea en forma universal.

Como obra fílmica, tiene validez en recursos cinematográficos: buen color, economía de lenguaje hablado. Esta ausencia de diálogos omite las fronteras del léxico y es así cómo, este cortometraje al igual que otro del mismo director: "Topiltzin", pueden ser apreciados en todo su contexto por cualquier espectador, en cualquier parte del mundo, no importa su idioma ni su cultura.

Presagio

Por Enrique González Martínez

Tu maño de marfil desfallecía
en suave languidez sobre la mía;

de tus pupilas negras en el fondo,
fulguraba tu amor siniestro y hondo;

en caprichosos rizados tu cabello
jugaba sobre el mármol de tu cuello;

en la alcoba silente y oportuna
se filtraba una ráfaga de luna,

simulando en contraste con la sombra
un caído puñal sobre la alfombra.

En mi éxtasis de amor hubo un momento
en que la luz llenó mi pensamiento,

y adivinando un porvenir de olvido
palpitó el corazón estremecido;

y busqué la traición sobre tus ojos
y vi tus labios húmedos y rojos;

unos brindaban desencanto y muerte,
mas tu beso de amor era más fuerte;

al encanto fatal de tu belleza
olvidé mi presagio y mi tristeza...

Y tu mano sensual se estremecía
con espasmos de amor sobre la mía.